

Anna Burns

**MILKMAN**

Traducción de Maia Figueroa Evans

Título original: *Milkman*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con David Grossman Literary Agency e International Editors Co

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

©2018 by Anna Burns

© de la traducción: Maia Figueroa Evans, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-434-4

Depósito legal: M. 9.812-2019

Printed in Spain

*Para Katy Nicholson, Clare Dimond y James Smith*



# 1

---

El día que fulano de tal me apuntó al pecho con una pistola, me dijo que daba asco y amenazó con pegarme un tiro fue el mismo día que murió el lechero. Se lo cargó una de las brigadas del Estado, y a mí que matasen al tipo me dio igual. A otros sí les importó, y algunos de ellos eran esos que, como se suele decir, me conocían de vista pero no de hablar conmigo, aunque hablasen de mí porque ellos mismos (o, mejor dicho, el primer cuñado) habían hecho circular el rumor de que yo estaba liada con ese lechero, de que yo tenía dieciocho y él, cuarenta y uno. Yo sabía los años que tenía el hombre, no porque le hubieran pegado un tiro y hubiese salido en los medios, sino porque antes de eso, durante meses antes de que lo mataran, la gente, los del rumor, habían hablado de que cuarenta y uno y dieciocho era asqueroso, que veintitrés años de diferencia era asqueroso, que él estaba casado y yo no debía meterme donde no me llamaban, porque había un montón de personas discretas de las que pasaban inadvertidas a las que bien había que echarles un ojo. También había sido culpa mía, al parecer, lo del lío con el lechero. Aunque yo no tenía un lío con el lechero. No me caía bien, y su insistencia y los intentos de tener un romance conmigo me asustaban y me confundían. El primer cuñado también me caía gordo. Entre sus compulsiones estaba inventarse cosas sobre la vida sexual de los demás. Sobre mi vida sexual. Cuando yo era más pequeña, cuando tenía doce años y él apareció en un momento de debilidad de mi hermana mayor porque ella había cortado con su novio de hacía años que la había engañado, este tipo nuevo

la dejó embarazada y se casaron de inmediato. En cuanto me conocí, empezó a hacerme comentarios vulgares sobre la almeja, la raja, el higo, la chona, el conejo, la chirila, el bisílabo; y usaba palabras, palabras sexuales que yo no entendía. Él era consciente de que yo no las comprendía, pero también de que sabía lo suficiente para pillar que iba de sexo. Eso le gustaba mucho. Tenía treinta y cinco años. Doce y treinta y cinco. Otros veintitrés años de diferencia.

Así que hacía sus comentarios sintiéndose con derecho a ello, y yo no decía nada porque no sabía cómo responderle a una persona así. Jamás soltaba nada cuando mi hermana estaba delante, pero siempre que ella salía de la habitación, se le encendía un interruptor dentro. Lo bueno es que no me intimidaba físicamente. En esa época, en aquel lugar, la violencia era la vara de medir que todo el mundo usaba para juzgar a los que los rodeaban, y a él se le veía que no era así, que no actuaba desde esa perspectiva. De todos modos, su naturaleza depredadora me paralizaba. Resumiendo, él era un mierda y ella estaba fatal por culpa del embarazo, por seguir queriendo a su novio de hacía años y, además, no daba crédito a lo que él le había hecho y no se fiaba de que no la echase de menos, aunque no la echaba de menos. Y ya estaba con otra. Mi hermana mayor no veía al hombre que tenía en casa, no veía al hombre mayor con el que se había casado a pesar de ser demasiado joven, y demasiado infeliz, y de estar demasiado enamorada (y no de él) para estar con él. Dejé de visitarla por muy triste que estuviera porque no podía soportar las palabras y las caras que ponía el primer cuñado. Seis años después, mientras él aún intentaba rascar algo conmigo y con mis demás hermanas mayores, cuando las tres lo habíamos rechazado (de forma directa o indirecta, con educación o con un «vete a tomar por el culo»), el lechero apareció en escena de la nada, sin que tampoco nadie lo invitase, aunque él era mucho más amenazador, mucho más peligroso.

Yo no sabía de quién era lechero. Nuestro no. No creo que fuese el lechero de nadie. No cogía pedidos. Nunca cargaba con le-

che, ni siquiera hacía el reparto. Además, tampoco llevaba una camioneta de lechero, sino que iba en coche, coches diferentes, a menudo muy cantones, aunque él no fuese de llamar mucho la atención. Aun así, debo decir que yo no reparé en él ni en sus vehículos hasta que empezó a pasarse delante de mí con ellos. Luego estaba esa furgoneta: pequeña, blanca, anodina, cambiante. De vez en cuando también se lo veía al volante de esa furgoneta.

Apareció un día en uno de sus coches mientras yo iba andando y leyendo *Ivanhoe*. A menudo caminaba leyendo libros. Yo no le veía nada malo a esa costumbre, pero se convirtió en una prueba más en mi contra. «Lee mientras anda» no faltaba en la lista.

«Tú eres una de las crías de los tal, ¿verdad? Sí, mengano de cual era tu padre. Tus hermanos este, ese, el otro y el de más allá jugaban en el equipo de *hurling*. Sube, que te llevo.»

Lo había dicho como si nada, y la puerta del copiloto ya se abría. Yo iba leyendo y me sobresalté, no había oído el coche. Tampoco había visto nunca al hombre que estaba al volante. Se había inclinado hacia mí y me miraba con una sonrisa, amable y muy atento. Pero para entonces, con dieciocho años, lo de las sonrisas, la amabilidad y la atención me hacía saltar las alarmas. No era porque se ofreciera a llevarme, porque los que tenían coche acostumbraban a parar y ofrecerse a llevar a los que pasaban por allí: en aquella época los coches no abundaban y el transporte público era intermitente por las amenazas de bomba y los secuestros de vehículos. Puede que entonces ya se supiera lo que significaba ir en coche muy despacio junto a la acera, pero no se veía mucho. Desde luego, yo nunca lo había visto. En cualquier caso, yo no quería que me llevase a ninguna parte. Eso hablando en general. Me gustaba andar; andar y leer, andar y pensar. Pero, en particular, no quería subirme al coche de ese hombre y no sabía cómo decírselo, pues él no había sido desagradable y conocía a mi familia, que para algo había mencionado las credenciales, a los varones de la casa, y no podía ser grosera cuando él no lo había sido. Así que dudé, o me quedé helada, cosa que era descortés. «Prefiero andar —le dije—, estoy leyendo.» Y le enseñé el libro, como si

*Ivanhoe* pudiera explicar la caminata, la necesidad de ir a pie. «Puedes leer en el coche», contestó él, y no recuerdo qué más le dije. Al final, él se rio. «No pasa nada, tampoco te preocupes. Disfruta del librito», cerró la puerta del coche y se marchó.

La primera vez, eso fue todo lo que pasó, pero ya surgieron rumores. Mi hermana mayor vino a verme porque la mandó su marido, el cuñado que para entonces tenía cuarenta y un años. Su deber era informarme y alertarme. Me dijo que me habían visto hablando con el tipo.

«Vete a la mierda —le dije—. ¿Qué significa que me han visto? ¿Quién me ha visto? ¿Tu marido?»

«Más te vale que me escuches.» Pero yo no quería escuchar; por él y su doble rasero, y porque ella le hacía caso. Aún no me había dado cuenta de que la culpaba a ella, de que llevaba tiempo culpándola a ella por las cosas que él llevaba tanto tiempo diciéndome. Tampoco sabía que le tenía tanto rencor por haberse casado con él cuando ni lo quería ni podía respetarlo de ningún modo, porque debía de estar al tanto (¡cómo no verlo!) de todo lo que él se apañaba para hacer por su cuenta.

Ella insistió, intentó aconsejarme que me comportase, advertirme que sería peor para mí, que de todos los hombres con los que... Pero yo ya estaba harta. Me puse como una fiera y empecé a soltar reniegos, porque a ella no le gustaban las palabrotas y era la única manera de hacer que se marchase. Entonces le grité por la ventana que si ese cobarde tenía algo que decirme, que viniera a decírmelo a la cara. Y fue un error: dejarme llevar por las emociones, permitir que me viesan y me oyeran así, gritando por la ventana, por la calle, dejarme arrastrar. Casi siempre conseguía no caer tan bajo, pero estaba furiosa. Había acumulado mucha rabia contra ella por ser la mujercita, por hacer siempre todo lo que él le decía, y también contra él, por tratar de contagiarme su ruindad. Noté que me empecinaba, que me subía el nivel de metete en tus asuntos. Por desgracia, cuando eso ocurría, me obstinaba, me negaba a aprender de la experiencia y acababa tirando piedras sobre mi propio tejado. En cuanto al rumor sobre el lechero y yo, lo



desestimé sin ni siquiera tomarlo en cuenta: en la zona siempre se había dado una intromisión generalizada e intensa. La marea traía los chismes y luego se los llevaba, iban y venían, y al final la gente buscaba otro blanco. Así que no presté atención al romance con el lechero. Entonces él apareció de nuevo: esta vez a pie, mientras yo corría por la carretera de los parques y los embalses.

Estaba sola y no iba leyendo, porque nunca leía mientras corría. Y allí apareció él de nuevo, salido de la nada, corriendo a mi lado, donde jamás había estado. En un abrir y cerrar de ojos, corríamos juntos como si siempre hubiéramos corrido juntos y me sobresalté, igual que me sobresaltaría con cada uno de los encuentros que sucederían con ese hombre, a excepción del último. Al principio él no habló, y yo no podía hablar. Hasta que se dirigió a mí y dijo algo como en plena conversación, como si también estuviéramos siempre conversando. Frases breves, pronunciadas con algo de esfuerzo debido a mi paso, sobre mi lugar de trabajo. Sabía a qué me dedicaba: dónde trabajaba, lo que hacía allí, a qué horas, qué días, que para llegar allí todas las mañanas cogía el autobús de las ocho y veinte, siempre que no lo hubieran secuestrado, y este me llevaba al centro. También declaró que yo nunca cogía ese autobús para volver a casa. Cosa que era cierta. Todos los días de la semana, hiciera el tiempo que hiciese, ya hubiera tiros o bombas, enfrentamientos o disturbios, prefería regresar a pie mientras leía un libro. Ese libro era del siglo XIX, ya que los libros del siglo XX no me gustaban porque el siglo XX no me gustaba. Ahora que lo pienso, supongo que el lechero ya sabía todo eso.

Así que dijo lo que quería decir mientras recorríamos uno de los laterales de la balsa grande. Había otra más pequeña cerca de la zona infantil, un poco más abajo. Miraba al frente mientras me hablaba y no se volvió hacia mí ni una sola vez. A lo largo de ese segundo encuentro, no me hizo ni una pregunta y tampoco parecía querer respuestas. Yo tampoco habría sido capaz de proporcionárselas, porque me había quedado en: «¿de dónde ha salido?». Además, ¿por qué actuaba como si me conociese, como si

nos conociéramos, cuando no era así? ¿Por qué daba por sentado que no me molestaba que estuviera a mi lado cuando sí me molestaba? ¿Por qué no podía yo parar de correr y decirle a ese tipo que me dejara en paz? Aparte de «¿de dónde ha salido?», nada de eso se me ocurrió hasta más tarde, y no me refiero a una hora más tarde. Me refiero a veinte años más tarde. En ese momento, a la edad de dieciocho años y habiéndome criado en una sociedad de gatillo muy fácil donde las reglas del juego eran que si no te infligían violencia física ni te dirigían insultos verbales rotundos ni se producía algo en la vecindad de las miradas ofensivas, no pasaba nada, ¿cómo podía estar yo sufriendo un ataque por parte de algo que no estaba sucediendo? A los dieciocho, yo no acababa de comprender todo lo que constituía un comportamiento invasivo. Tenía cierta noción, una intuición, repulsión por algunas situaciones y personas, pero no sabía que la intuición y la repulsión contaban, no sabía que tenía derecho a sentir aversión, a no soportar a cualquiera y a todo el que se me acercase. Lo mejor que podía hacer en esa época era esperar que la persona en cuestión se diese prisa en decir lo que él o ella deseara decir con la intención de ser amable y amigable, y que se marchase, o marcharme yo, con educación y rapidez, tan pronto como me fuera posible.

Ya en ese segundo encuentro sabía que le atraía al lechero, que él intentaba algo. Era consciente de que no me gustaba atraerlo y de que no lo correspondía. Sin embargo, él no había pronunciado ni una sola palabra que comunicase esa atracción de manera directa. Y tampoco me pidió nada. No me tocó físicamente. Ni una sola vez en lo que llevábamos del segundo encuentro me había mirado siquiera. Además, era mayor que yo, mucho mayor, así que me pregunté si era posible que me equivocara, que la situación no fuese la que yo había imaginado. En cuanto a lo de correr, aquel era un lugar público. Dos grandes parques adyacentes durante el día y un entorno siniestro de noche, aunque de día también tenía su aire funesto. A la gente no le gustaba admitir que la porción diurna daba escalofríos porque todo el mundo quería disponer al menos de un lugar al que ir. Pero el territorio no era mío,

y eso quería decir que él tenía el mismo derecho a correr por allí que yo, del mismo modo que los críos de los setenta se sentían autorizados a ir allí a beber alcohol, y otros algo mayores en los ochenta se sentían libres de esnifar cola, y otros aún más mayores en los noventa iban allí a inyectarse heroína, igual que en ese momento las fuerzas del Estado se escondían en el parque para fotografiar a los renegantes del Estado. También tomaban fotos de aquellos que se relacionaban con ellos, los conociesen de antemano o no, y eso fue lo que ocurrió llegado ese punto. Se oyó un clic justo cuando el lechero y yo pasábamos por delante de un arbusto, y aquel era un arbusto por delante del cual yo había pasado corriendo muchas veces sin que se oyesen clics. Era consciente de que en esa ocasión era por el lechero y por su implicación, y por «implicación» me refiero a conexiones, y por «conexiones» me refiero a rebelión activa, y por «rebelión activa» me refiero a «renegante enemigo del Estado debido a los problemas políticos que tenían lugar en la zona». Es decir, que a partir de ahí me tendrían fichada en alguna parte, en alguna foto, como una persona relacionada, antes desconocida, pero ahora sin duda conocida. El propio lechero no hizo mención del clic, a pesar de que era imposible que no lo hubiera oído. Yo lidié con el asunto acelerando el paso para acabar con la carrera y fingiendo que no había oído nada.

Sin embargo, él fue bajando la marcha poco a poco hasta que acabamos caminando. No porque no estuviera en forma, sino porque no era corredor. Correr no le interesaba. Eso de salir a correr alrededor de las balsas donde yo jamás lo había visto corriendo no era por el hecho de correr en sí. No se me escapaba que lo de correr era por mí. Pero me dio a entender que era cuestión de ritmo, que frenaba el paso por el ritmo, aunque yo sabía de ritmo y para mí no se trataba de andar durante una carrera. Aun así, no podía decirlo, pues no podía estar más en forma que aquel hombre, no podía conocer mi propio régimen mejor que él, porque, en este lugar, el condicionamiento de los varones y de las hembras no lo habría permitido. Se trataba de «yo soy hombre y tú, mujer». Es decir, de lo que podías decirle a un chico si eras una chica, a un

hombre si eras una mujer o a un hombre si eras una chica; y de lo que no te estaba permitido decir, sobre todo oficialmente, en público o a menudo. Se trataba de las chicas a las que no se toleraba si se pensaba de ellas que no deferían a los varones, que no reconocían la superioridad de los varones e incluso llegaban al borde de contradecirlos; es decir, la hembra caprichosa, una especie insolente y demasiado segura de sí misma. No obstante, no todos los chicos ni todos los hombres eran así. Algunos se reían y esos hombres agraviados les hacían gracia. Esos me caían bien, y el medio novio era uno de ellos. El día que le conté que unos chicos que yo conocía se odiaban, pero aunaban su rabia ante lo escandalosa que era Barbra Streisand, se había reído y había respondido: «Me quieres engañar, no puede ser tan exagerado. ¿Lo dices en serio?», y lo mismo cuando le hablé de los chicos que se indignaban porque Sigourney Weaver matase a la criatura en esa película nueva cuando ninguno de los hombres de la película había conseguido matar a la criatura, y de los chicos que reaccionaban contra Kate Bush por ser felina y contra los gatos por sus cualidades femeninas, aunque no le conté lo de los gatos que aparecían muertos y mutilados en algunos callejones, hasta el punto de que en la zona ya casi no quedaba ni uno. En lugar de eso, yo había acabado hablando de que la gente aún admiraba a Freddie Mercury siempre que pudiera negarse que fuera mariquita, cosa que hizo que el medio novio posara la cafetera (él y su amigo el chef eran los únicos de entre toda la gente que yo conocía que tenían cafetera), se sentase y se riera de nuevo.

Ese era mi medio novio desde hacía casi un año, con quien quedaba los martes por la noche, algunos jueves por la noche, casi todos los viernes por la noche hasta el sábado y todos los sábados por la noche hasta el domingo. A veces, parecía que salíamos. Otras, no tanto. Algunos de su barrio nos veían como una pareja estable. Aunque la mayoría nos veía como una de esas parejas que no lo eran, una pareja de esas cuyos integrantes se veían de manera habitual, pero que no podían considerarse emparejados de verdad. A mí me habría gustado que estuviésemos emparejados de

verdad y salir con él de manera oficial, cosa que en algún momento dado yo le había dicho al medio novio, pero él había contestado que no, que no era lo que yo quería, que debía de haberseme olvidado y que por eso él me lo aclararía: es que ya lo habíamos intentado. Él había sido el chico con quien yo iba en serio y yo la chica con la que él iba en serio; nos veíamos y planeábamos y nos dirigíamos, tal como hacían las parejas de verdad, hacia un objetivo futuro. Pero dijo que entonces me había puesto rara. Que él también se había puesto raro y que jamás me había visto tan asustada. Mientras él hablaba, me vino a la memoria un recuerdo vago de lo que me relataba. Sin embargo, otra parte de mí pensaba: «¿se lo habrá inventado?». Dijo que él había propuesto, por el bien de lo que tuviésemos, que dejásemos de ir en serio, cosa que, según él, no había sido más que un intento por mi parte de «hablar de sentimientos», a pesar de que, a juzgar por cómo me había puesto de rara cuando lo habíamos hecho y dado también que yo hablaba de sentimientos menos aún de lo que él hablaba de sentimientos, yo no debía de creer en semejante cosa. Y me había propuesto que lo mejor sería volver a la zona media de no saber si salíamos o no. Así que eso habíamos hecho, y al parecer yo me había calmado y él se había calmado también.

En cuanto al terreno oficial de lo femenino y lo masculino, y de lo que las mujeres podían decir y lo que jamás debían decir, yo no pronuncié ni palabra cuando el lechero me hizo moderar el paso y, al final, frenar del todo. Una vez más, no me parecía grosero, al menos no de manera intencionada, así que yo no podía serlo y continuar corriendo. Por eso dejé que me frenara ese hombre al que no quería tener cerca y, llegado ese punto, él dijo algo sobre lo mucho que yo andaba cuando no estaba corriendo y esas son unas palabras que desearía que él no hubiera dicho o que yo no hubiera oído en absoluto. Me dijo que estaba preocupado, que no le convenía y, mientras tanto, seguía sin mirarme. «No me convence —dijo— que corras y camines tanto. Demasiado correr y caminar.» Dicho eso, y sin una palabra más, dobló una esquina al llegar al final del parque y desapareció. Igual que la vez anterior con

el coche cantón, esa vez la aparición repentina, la proximidad, la osadía, el clic de la cámara, su opinión sobre mi costumbre de correr y andar y esa salida abrupta me causaron mucha confusión y demasiado sobresalto. Sí, estaba impactada, pero era por algo que tenía que ser demasiado pequeño e insignificante, demasiado normal para impactarme de aquel modo. Sin embargo, a raíz de eso pasaron horas antes de que me diera cuenta, ya en casa, de todo lo que él sabía sobre mi trabajo. Yo ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa, porque después de que se marchase había intentado seguir corriendo, continuar con lo programado, fingir que su aparición no había tenido lugar o que, por lo menos, no había significado nada. Pero entonces, porque estaba distraída, porque estaba confundida, porque no estaba siendo sincera, resbalé con unas hojas de papel satinado que se habían soltado de alguna revista. Era una foto a doble página de una mujer de pelo largo y rebelde que llevaba medias, liguero y una prenda negra de encaje. Me sonreía recostada, ofreciéndose a mí; entonces patiné y perdí el equilibrio, y al caer sobre el pavimento me vi de frente con su bisílabo.